

La epístola leyó, y *el Señor sea*  
*Con vosotros*, tornó á decir, y frío  
 Quedó cual mármol, de concurso inmenso  
 El templo viendo henchido.

Mas ¡qué concurso! ¡Oh Dios! Concurso he-  
 Que ni alienta, ni muévase, ni brillo (lado,  
 Muestra en los ojos... Turba de esqueletos...  
 Vivientes de otro siglo.

¡Esqueletos!... Envueltos en sudarios  
 Los más: algunos con ropajes ricos  
 Deslustrados y rotos: muchos visten  
 Sayal de San Francisco:

Varios, armas mohosas y abolladas,  
 Algunos, los más altos distintivos;  
 Y hay de todas edades, sexos, temples,  
 Sin orden confundidos.

Abiertas de la iglesia en suelo y muros  
 Estaban de sepúlcros y lucillos  
 Las losas, el silencio era espantoso,  
 Y el ambiente más frío.

Sí.—Los conquistadores denodados,  
 Que á Badajoz ganaron para Cristo,

Salieron con los suyos de las tumbas  
 A adorar á Dios vivo;

Y á celebrar el santo aniversario,  
 Asistiendo del culto á los oficios;  
 Ya que sus descendientes infernales  
 Los tienen en olvido.

Tiembla el jóven sirviente. El Sacerdote  
 Aterrado prosigue el sacrificio.

Consagra, alza, consume, vuelve luego  
 Y halla el concurso mismo.

*Marchad, la misa concluyó*, pronuncia,  
 Y al punto desaparece aquel gentío.

Tórnase en nada, y ciérranse las losas  
 De tumbas y lucillos.

No tenían que esperar los bienhadados  
 La bendición humana; ya benditos  
 Estaban del Señor.—Fuera del templo  
 Prosigue el exterminio.

No pudo más el santo Sacerdote,  
 Una misión terrible habia cumplido.

Fué á recoger de su fervor el premio,  
 Y muerto á tierra vino.

*Madrid, mayo de 1854.*



## TEATRO



# TANTO VALES CUANTO TIENES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

## PERSONAS

DON BLAS, rico negociante venido de Lima.  
DON ALBERTO, su hermano.  
DOÑA RUFINA, su hermana.  
DON MIGUEL, capitán de caballería, su primo.  
DOÑA PAQUITA, hija de doña Rufina.  
DON JUAN, amante de doña Paquita.

DON SIMEON, viejo usurero.  
PASCUAL, criado.  
ANA, criada.  
PERICO, PACO, mozos que vienen á servir de lacayos.  
UN EBANISTA.  
DOS MANDADEROS que no hablan.

La escena es en Sevilla en casa de doña Rufina

La decoracion es inmutable, y representa una sala de una casa particular; al fondo una puerta (del cuarto destinado para don Blas); á la izquierda tres puertas (la primera que comunica con lo interior de la casa, la segunda al aposento de don Alberto, la tercera á los de doña Rufina y doña Paquita) y á la derecha otra puerta (que da al corredor y escalera), y dos balcones que caen á la calle.

## ACTO PRIMERO

### ESCENA PRIMERA

ANA. PASCUAL, con capa y sombrero

ANA. ¿Te vas ya á lucir el talle  
porque salió la señora?...  
¿O á la taberna?

PASCUAL. Habladora:  
barra, guise, friegue y calle.  
Voy á donde mandó el ama,  
que por mi gusto me fuera  
á mi cuarto, y me tendiera  
á descansar en la cama.

ANA. Muy bien te lo creo, sí,  
pues sabes sólo hacer eso,  
miéntras carga todo el peso  
de la casa sobre mí.

(Vase Pascual por la derecha.)

### ESCENA II

ANA. D.<sup>a</sup> PAQUITA

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Por Dios te lo ruego, Ana,  
ten de entrambos compasion.  
Don Juan frente del balcon

pasó toda la mañana,  
y como á todos salir  
ha visto, en entrar insiste:  
en tí tan sólo consiste;  
anda, déjale subir.

ANA. ¡Qué bobera!

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Ana, por Dios,  
algo que decirme tiene.

ANA. ¿Y si la señora viene  
y os atrapa aquí á los dos?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. No ha de volver en buen rato,  
pues fué á andar toda Sevilla  
buscando muebles, vajilla,  
ropa, y el gran aparato  
de recibir á este tío  
que desde Lima nos viene...

ANA. Pues hartó que buscar tiene.  
De que lo halle desconfío.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. A don Juan déjame ver,  
que sus señas dan aviso  
de que el hablarme es preciso,  
y no hay nada que temer.

ANA. ¿Y qué os tendrá qué decir?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Puede ser cosa importante.



ANA. Lo que dice todo amante:  
que está por vos sin dormir,  
que os idolatra y adora,  
que por vos se ha de matar,  
que sólo...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Déjale entrar,  
y deja chanzas ahora.  
Hazlo por mí.

ANA. Bueno es eso.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Muévate mi llanto, Anita.

ANA. ¡Válgame Dios, señorita!  
¿Usted ha perdido el seso?  
¿Cómo he de contravenir  
á lo que mandado tiene  
mi señora?... Pero él viene;  
la escalera va á subir;  
se ha colado de rondon.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Quién le abrió?

ANA. ¿Quién?... ¡Pese á tal!  
El borracho de Pascual,  
que dejó abierto el porton.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Toda tiemblo... Él es... ¡Ay, Ana!

ANA. ¡Qué apuro si la señora!...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Se irá al momento: tú ahora  
ten cuidado á esa ventana.

## ESCENA III

ANA, á la ventana, D.<sup>a</sup> PAQUITA, DON JUAN

D. JUAN. ¿Tras de tantas penas,  
Paquita adorada,  
al fin logro verte?...  
Consuela mis ansias.  
¿Qué es esto, amor mio,  
que á los dos nos pasa?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Qué podré decir?  
Que soy desdichada.

D. JUAN. ¿De dónde nacieron  
desventuras tantas?  
Cuando en dulce lazo  
iban nuestras almas  
á gozar el premio  
de amores sin tasa,  
tu tío gozoso,  
tu madre encantada  
de ver el cariño  
que por tí me abrasa;  
de pronto me encuentro,  
sin saber la causa,  
con que me prohíben  
entrar en tu casa,  
con que me desdennan,  
me insultan, me ultrajan,  
deshecho el contrato,  
rota la palabra,  
muertos los cariños,

las puertas cerradas.  
Paquita, ¿qué es esto?  
¿Por qué tal mudanza?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿No lo habeis ya visto  
en aquella carta  
que ayer pude echaros  
por esa ventana?

D. JUAN. ¡Ay, Paquita mia  
Lo que ella relata  
confusiones nuevas  
ha dado á mi alma.  
No sé qué de Indias  
en ella me hablas,  
y de un cierto hermano  
que tu madre aguarda,  
y cuya venida...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Sí, la sola causa  
de todas las penas  
que en nosotros pasan  
es venir un tío  
que nadie esperaba.

D. JUAN. ¿Quién es ese tío  
de quien ya se habla  
por toda Sevilla,  
y con su llegada  
rompe de tal modo  
tales esperanzas?  
De este laberinto  
por tu amor me saca.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Y tengo yo tiempo  
de explicaros nada?  
Tiemblo de miraros  
dentro de esta casa;  
ya el veros ha dado  
consuelo á mi alma.

D. JUAN. No quiero afligiros.  
¿Quereis que me vaya?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Ay, don Juan!

D. JUAN. ¡Paquita!  
¿qué te sobresalta?  
Casi me parece  
que te hallo mudada.  
Seis dias sin vernos,  
y sólo una carta,  
y esa tan confusa  
y tan breve...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Y gracias  
que escribirla pude.  
Soy muy desdichada.

ANA. (Se oye ruido.)  
¡Ay Dios! Señorita,  
¿oye usted la danza  
que traen allá dentro  
los gatos?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Vé, Ana,  
pero vuelve pronto. (Vase Ana.)

## ESCENA IV

LOS MISMOS, menos ANA

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Y usted...

D. JUAN. ¿Qué me mandas?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Si mi madre viene...

D. JUAN. ¡Ah, que tengo el alma  
de temores llena!  
Mil dudas me asaltan.  
¡Paquita! ¡Paquita!  
¿Es todo una farsa,  
todo fingimiento,  
porque ya te cansan  
mi amor, mi ternura,  
mi fe y mi constancia?...  
¡Ay que las mujeres  
todas sois voltarias!  
Por piedad al ménos,  
pues vine á tu casa  
donde me han traído  
mi amor y mi audacia,  
las dudas crueles  
que atroces desgarran  
mi angustiado pecho  
por piedad aclara.  
Si ya me aborreces,  
si mi amor te cansa,  
si en otros amores  
tu pecho se abrasa,  
no busques en Indias  
embrollos y tramas.  
Con franqueza dilo,  
y verás, ingrata,  
que por complacerte  
sabré...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Basta, basta;  
al fin eres hombre,  
y como hombre hablas.  
De que no merezco  
tus duras palabras  
y reconvenciones,  
pruebas tienes claras.  
¡Ay! si mis suspiros  
y llanto escucharas,  
y advertir supieras  
lo que aquí en el alma  
por tu amor y ausencia  
de continuo pasa,  
no injusto me dieras  
el nombre de ingrata.  
Mas ¿por qué me canso  
¡ay desventurada!  
en satisfacer  
cuando así me ultrajas?...  
Dices que en las Indias

embrollos y tramas  
busco por perderte.  
¡Oh cuánto te engañas!  
Contenta mi madre,  
contenta trataba  
nuestro casamiento,  
cuando por desgracia  
de un tío que en Lima  
hace tiempo estaba,  
y á quien no conozco,  
recibimos carta,  
pintando riquezas  
y montes de plata,  
con que dice vuelve  
riquísimo á España.  
Es soltero y viejo,  
y enfermo, y...

D. JUAN. Bien, calla,  
que te entiendo, aleve.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Qué entiendes?... Aguarda.  
Mi tío, que llega  
de hoy á mañana,  
de partir sus bienes  
con mi madre trata,  
quien desvanecida  
con tal esperanza,  
desdeña tu boda  
y á boda más alta...  
¡Ay de mí infelice!

D. JUAN. No, no, que mi alma  
es tuya, y ó tuya  
ó de nadie.

D.<sup>a</sup> RUFINA. (Dentro.) Ana.

D. JUAN. ¡Pues bueno el descuido está!  
¿Quién dejó el porton abierto?  
(Sorprendido.)  
¡Ay, que nos han descubierto!

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Ay Dios mio, que es mamá!

## ESCENA V

D.<sup>a</sup> PAQUITA, D. JUAN, D.<sup>a</sup> RUFINA, de saya y mantilla, por la derecha

D.<sup>a</sup> RUFINA. (Saliendo.)  
¡Jesus, qué escalera tan...!  
(Repara en don Juan y en su hija.)  
Mas ¡lindo cuadro por Dios!  
¿Con que así encuentro á los dos,  
á la niña y al galan?...  
Hija, Paquita, ¿qué es esto?...  
La desvergüenza me place.  
¿Y en mi casa usted qué hace?  
Don Juan, á la calle, y presto.

D. JUAN. Yo no sé lo que me pasa.  
Mi tranquilidad perdida...

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿No le he dicho que en su vida



ponga los piés en mi casa?  
 Pero, señora...  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Marchad,  
 marchad al punto de aquí.  
 D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Ay mamá!... ¡Triste de mí!  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Calla, Paquita.  
 D. JUAN. Escuchad.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Qué he de escuchar, insolente?  
 Salid de esta casa luégo.  
 D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Mamá!... ¡por piedad os ruego!...  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Salid pues. Niña, detente.  
 (Vase don Juan.)

## ESCENA VI

D.<sup>a</sup> PAQUITA. D.<sup>a</sup> RUFINA

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Mamá!  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. No hay mamá, Paquita.  
 Este don Juan ó don necio  
 sólo merece desprecio,  
 y su pesadez me irrita.

## ESCENA VII

D.<sup>a</sup> PAQUITA. D.<sup>a</sup> RUFINA. ANA

ANA. El puchero y los dos platos,  
 que eran todo nuestro ajuar,  
 los han echado á rodar  
 los malditísimos gatos.  
 (Repara en doña Rufina.)

Mas ¡ay!  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Te asustas?... ¡ladina!...  
 No pienses, no, que me engaña  
 la ridícula maraña  
 que has urdido en la cocina.  
 Tuya es la culpa, embrollona.  
 ANA. Los gatos fueron, señora.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. No hablo de gatos ahora.  
 ANA. ¿Pues de qué?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿De qué, bribona?  
 De tu descuido y no más.  
 ¿No te dí orden terminante  
 de que entrar á ese tunante  
 no permitieras jamás?  
 ANA. ¿A quién?... Nada sé.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿No sabes?  
 ANA. Pero ¿por qué es esta riña?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Otra vez tendré á la niña  
 debajo de veinte llaves.  
 No fuera malo que yo  
 á un horterilla quisiera  
 por yerno. ¡Bueno estuviera!  
 ¿Quién tal cosa imaginó?  
 D.<sup>a</sup> PAQUITA. Pues mamá, no hace ocho días  
 que usted lo solicitaba,

y sólo me aconsejaba  
 que amable...  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Bachillerías  
 son esas que no permito,  
 mocosa. ¿Tú has olvidado  
 que la suerte se ha mudado?...  
 No repliques, que me irrita.  
 Acaba de convencerte  
 de que si en don Juan pensé,  
 para dar remedio fué  
 á nuestra apurada suerte;  
 mas ya que viene tu tío  
 nuestras deudas á pagar,  
 y la casa á levantar,  
 casarte mejor confío.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Pero si mi abuelo era  
 un miserable barquero,  
 y sólo de marinero  
 á Lima fué?

D.<sup>a</sup> RUFINA. Bachillera,  
 calla. (A Ana) ¿Tú, qué haces ahí,  
 lo que decimos oyendo?  
 Márchate al punto.

ANA. (Aparte.) Ya entiendo  
 por lo que me echa de aquí.  
 Como si toda Sevilla  
 de esta familia la historia  
 no supiera de memoria  
 más que un niño la cartilla. (Vase.)

## ESCENA VIII

D.<sup>a</sup> PAQUITA. D.<sup>a</sup> RUFINA

D.<sup>a</sup> RUFINA. Y tú...  
 D.<sup>a</sup> PAQUITA. Pues qué, ¿suficiente  
 no era haberme yo casado  
 con un mercader honrado  
 que tiene...  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Calla, imprudente.  
 Tu lengua sea maldita.  
 ¿Quién en recordar te mete  
 si fué barquero ó grumete  
 mi padre?...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Es malo?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Paquita,  
 lo que fué y está olvidado,  
 no se debe recordar.  
 Y sólo hemos de pensar  
 en lo que en lustre ha ganado  
 nuestra familia. Casada  
 he estado con un marqués  
 de segundas...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Sólo un mes.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Mas de todos soy llamada  
 mi señora la marquesa.  
 D.<sup>a</sup> PAQUITA. Y todos tambien, mamá...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Bien; ¿y á mí qué se me da?  
 Me envidian, y no me pesa.  
 Que me quiten el dictado,  
 y el ser mi hermano un señor  
 comisario ordenador  
 con su uniforme bordado.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Lo hizo la junta central;  
 y lo que en ello gastó  
 ahora lo quisiera yo  
 para no pasarlo mal.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Me desesperas. Por cierto  
 pagas muy bien el afán  
 en que de continuo están  
 don Miguel y don Alberto,  
 grados y honores buscando...  
 y su continua contienda  
 en darnos honor...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. La hacienda  
 como el humo disipando,  
 y mi tío don Miguel...

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿por qué no va al regimiento?...  
 (Con impaciencia.)

Ya no tengo sufrimiento;  
 me está llevando Luzbel.  
 Bestia, incapaz, habladora,  
 ¡qué alma tienes tan vulgar!  
 Nunca he podido lograr  
 que aprendas á ser señora.

## ESCENA IX.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. D.<sup>a</sup> RUFINA. DON ALBERTO, que viene de la calle

D. ALBERTO. Tus voces oye cuanta gente pasa.  
 ¿Con quién tan sofocada estás, Rufina?  
 ¿Siempre ha de haber pendencia en  
 (esta casa?)

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Con quién la he de tener? Con tu  
 (sobrina,  
 que con su necedad y sus amores  
 me aburre, y sin cesar me desatina.  
 Despreciando los títulos y honores  
 por ese mercachifle, dice cosas  
 que hacen salir al rostro las colóres.  
 D. ALBERTO. ¿Cómo ha de ser, hermana! Caprichosas  
 son siempre las muchachas.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Solamente  
 yo le decia...

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Replicarme aun osas?...  
 Retrónicas no quiero, impertinente.  
 Vete á tu cuarto.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Voy...  
 D. ALBERTO. Déjala.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Alberto,

sufrir no puedo más á esta insolente.  
 (Vase doña Paquita.)

## ESCENA X

D.<sup>a</sup> RUFINA. D. ALBERTO

(Doña Rufina se quita la mantilla y la pone  
 sobre una silla.)

D. ALBERTO. Sosiégate, hermana, pues.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Y bien, ¿qué has adelantado?  
 D. ALBERTO. Eso iba yo á preguntarte;  
 porque yo, poco.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Yo algo.  
 A fuerza de ofrecimientos,  
 de labia, ruegos y halagos,  
 corriendo toda Sevilla,  
 la carta de nuestro hermano  
 de puerta en puerta leyendo,  
 y sobre ella ponderando,  
 conseguí del ebanista,  
 que vive en calle de Francos,  
 una cómoda, un sofá,  
 una mesa, y lavamanos,  
 con que pondremos decente  
 al ménos de Blas el cuarto.  
 Tambien de aquella predera,  
 fina como el mismo diablo,  
 que tiene en el Arenal  
 su prendería, he logrado  
 seis sábanas, dos colchones,  
 tres cortinas, y un armario.  
 Pero ¡ay Alberto! ¿Qué gente!  
 ¿Y se llamarán cristianos!  
 D. ALBERTO. ¿Pues qué hicieron?  
 ¿Qué han de hacer?

Pícaros, desconfiados,  
 de mi título y tu empleo  
 burlarse los plebeyazos,  
 y de la carta de Blas  
 hacer solamente caso.  
 D. ALBERTO. Una carta de las Indias  
 hace, Rufina, milagros.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Ah, que ya se me olvidaba!  
 El repostero italiano,  
 el que gobierna la casa  
 del marqués de Castilblanco,  
 tambien alquilar ofrece  
 dos fuentes y cuatro platos  
 de plata, con sus cubiertas,  
 mantel, servilletas, vasos...  
 finalmente, todo aquello  
 que parezca necesario  
 para los primeros días.